

Las fábulas mentirosas y el entendimiento

Selección, presentación y notas de Ricardo Sumalavia

Universidad Católica
Antología 1917 - 2000

Ampuero
Beleván
Calderón-Fajardo
Cueto
Castro
Dughi
Fernández
Iwasaki

Capítulo 2

Ortega
Oviedo
Pollarollo
Prochazka
Ribeyro
Sala
Sánchez Aizcorbe
Silva-Santisteban
Thays
Tord
Vidal

Primera edición: abril de 2002

Las Fábulas Mentirosas y el Entendimiento

Carátula: Juan Pablo Campana

Copyright © 2002 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Plaza Francia 1164, Lima 1

Teléfonos: 330-7410, 330-7411

E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal: 1501052002-0972

ISBN: 9972-42-459-6

Derechos reservados

Impreso en el Perú – *Printed in Peru*

LA SEGUNDA JUVENTUD

De manera que se han separado. Ella se ha ido con los chicos a la casa de Miraflores que su madre guardó todos estos años, aunque era demasiado grande para una mujer sola, y él ha alquilado un departamento en uno de esos barrios nuevos cuyo nombre no consigo recordar y vive con la muchacha. La muchacha, me aseguran, es muy elegante, muy inteligente, muy seria: «la divina pomada» dijo alguien que gusta de arcaísmos, no sé si con alguna ironía. Todo esto habría sido en mis tiempos, quiero decir antes que saliera del Perú por primera vez, la ocasión de hablar mal de los tres con el pretexto de la moral, la compasión o el simple sentido práctico de las conveniencias. Pero no hay duda de que mientras yo estaba al otro lado del mundo, redactando informes que nadie leía y charlando con sucesivos embajadores, aquí la gente ha ido mucho al cine y se ha modernizado. La conversación —hace un par de días, durante un almuerzo en casa de mi prima Maruja— se fundaba en unas cuantas convenciones tácitas: somos muy modernos, respetamos la libertad ajena, cada uno hace lo que quiere y no nos sorprende nada. Además, parece que estas separaciones tan sonadas han ocurrido muchas veces en los últimos años, en circunstancias más o menos semejantes, de modo que ya no son una novedad, aunque naturalmente no dejan de ser divertidas. Tuve que escuchar muchos detalles y explicaciones que no había pedido, dichos siempre en un tono ligero que excluía la reprobación. Sobre todo no debía olvidar que la muchacha es una excelente persona; tanta admiración casi me había convencido cuando me enteré de que ella debiera haber estado con nosotros en el almuerzo: iban a venir —ella y él, por supuesto— pero habían salido de viaje la víspera, una cuestión urgente que no podía esperar. Así pues, viven juntos, viajan juntos, los invitan juntos; son una pareja perfectamente aceptada a la que solo le falta casarse.

Antes él debe conseguir el divorcio y no es seguro que Graciela se lo dé. Alberto le ha ofrecido encargarse de la educación de los chicos y una pequeña renta, nada más. Hay la casa de Orrantía, el departamento de Ancón y sobre todo mucho dinero, pero él lo ha puesto todo en sociedades anónimas y qué sé yo, como es abogado el juicio sería largo y difícil, si Graciela se decide a un

juicio, y al final no se conseguiría nada. Me pregunto cómo hace la gente para enterarse de estas cosas; después de todo, tal vez sigamos siendo un poco provincianos, al menos en nuestro interés por las vidas ajenas. En fin, la impresión general parecía ser que hasta ahora Graciela se negaba al divorcio, que en esto no era muy moderna, pero que nosotros, ¿no es verdad?, sí que lo éramos, la comprendíamos y disculpábamos.

La última vez que los vi juntos fue cuando vine a Lima hace dos años. Llegué invitado a comer a una casa y la primera persona que divisé desde la puerta fue Alberto, de pie en un ángulo del salón, con un vaso en la mano. No me vio durante un momento, le noté algo raro y tardé en darme cuenta de lo que era. Por él no habían pasado los años: la frase que se repite tanto, por cortesía, y que no significa nada o solo que nuestros amigos no se han convertido en una ruina, era en su caso justa y hasta algo más. Alberto parecía más joven que antes, más delgado, más fuerte, más sonriente. Yo seguía en la entrada, saludando al dueño de casa y quitándome el abrigo y sin querer me vi en el espejo: un señor gordito, canoso, de anteojos. Alberto se acercaba a mí para abrazarme y decirme que habían bajado especialmente de Chaclacayo, donde pasaban el invierno, solo por verme. No pude menos que contestarle que lo encontraba más joven que nunca (y es un año mayor que yo, qué demonio) hasta el punto que me parecía escandaloso. Estaba tostado por el sol, como recién llegado de la playa, y se reía enseñando unos dientes impecables. En eso apareció Graciela, la besé en las mejillas, me acusó de haberme olvidado completamente de ellos y sobre todo de mi ahijado, el segundo de sus hijos, lo cual es cierto —cierto que es mi ahijado y que debiera acordarme. Lo negué, naturalmente, pensando que por ella sí habían pasado los años. Seguía siendo bonita para mi gusto al menos, se había teñido el pelo (¿de qué color exacto era antes?), no se le veía una sola arruga, pero el maquillaje era demasiado perfecto y, en una mujer de dinero y buen gusto, la edad no es a veces sino una elegancia excesiva, cierta angularidad en los gestos, algo que falta, algo natural, no previsto por ella: un resplandor.

Esa noche estuve sentado a la mesa frente a Graciela. Alberto estaba un poco más allá, a mi derecha. Como siempre, tuve que aceptar de buena gana las bromas que soportan todo los diplomáticos del mundo sobre la buena vida que se dan y lo interesante que es conocer muchos países, aunque de mi último puesto recordaba sobre todo el calor intolerable y los mosquitos. Graciela se quejaba de vivir encerrada en Lima donde nunca pasa nada. Había acompañado a Alberto un par de veces a Nueva York pero en viajes de trabajo, demasiado rápidos, y él prefería ir solo. Lo que ella quería era hacer un viaje largo por Europa, donde nunca había estado, pero Alberto lo iba dejando siempre para más adelante. Tal vez fuese ella sola con la niña, la mayor, que había terminado el cole-

gio. Tal vez viajaran todos juntos el próximo año. Yo le propuse que se fugase conmigo, esperando una respuesta más o menos ingeniosa, y ella hizo un gesto que nunca le había visto, de tristeza o de cansancio, o como para decirme: «yo no hablaba en broma». Desvié la vista, un poco confundido, y encontré la mirada de Alberto que había escuchado lo que acabábamos de decir. La mirada era atenta y, al mismo tiempo, desinteresada. Eso también era nuevo: el Alberto que yo había conocido no estaba tan seguro de sí, no observaba a los demás desde lejos. Decididamente el gesto de Graciela había sido triste.

Esa noche, al salir de la comida, hablé de ellos con una pareja que me llevó en auto a casa. «Sí, Alberto está regio» me dijo Paquita, a quien yo recordaba como una niña tímida y devota pero que ahora fumaba sin parar y se parecía mucho a Bette Davis (última época). «Es una segunda juventud». Le dije que me gustaría tener una segunda juventud pero que cada vez me sentía más cansado. «Es que no haces deporte» dijo Paquita. «Alberto está así por el tenis. Juega tenis todas las mañanas antes de ir a trabajar».

Lo del tenis no me convenció mucho. Por si acaso, en mi nuevo puesto me acostumbré a ver los torneos en la televisión (algo tendría que dестeñirme si fuera tan efectivo) aunque sin mayores resultados. Naturalmente, cuando me sentaba a ver los partidos, provisto de un habano y una copa de coñac, en espera de la segunda juventud, me acordaba de Graciela y Alberto y, a decir verdad, la noticia de la separación no fue una sorpresa. Era como haber leído una de esas viejas novelas que comienzan por el principio; después de la primera parte me había saltado doscientas páginas, pero conocía a los personajes y al leer los últimos capítulos podía imaginarme lo que había sucedido antes y adivinaba el final.

Los primeros capítulos son Graciela en la casa de Miraflores, a la que ahora ha vuelto, y Alberto, compañero de clase en la universidad. Graciela es un poco pariente mía y guardo de ella recuerdos de infancia, la veo vagamente correteando en un jardín, luego pequeña y frágil, con la cabeza afeitada, convaleciente de una tifoidea en una habitación a la que entra la espesa luz limeña de diciembre, rodeada de regalos de Navidad que no le interesan, o, más adelante, muy erguida en su uniforme azul del Colegio Belén. A esa edad unos pocos años de diferencia cuentan de mucho, casi no nos hablábamos y ella habría de contarme después que soñaba con ser grande como yo, me confundía con los adultos. Yo iba a su casa no por ella sino por su padre, don Pablo, que me llamaba su amigo. He dicho que éramos parientes pero a mí me tocaba ser el pariente pobre. Don Pablo era muy rico, o me lo parecía, dueño de una hacienda de la que llegaban frutas y dulces y en la yo habría de pasar alguna vez mis vacaciones para hacerme fuerte y montar a caballo, promesa o amenaza que no se cumplió; se dedica-

ba, además, a los negocios, aunque no sabría decir a cuáles, porque la palabra sigue siendo para mí un misterio; había sido senador y era amigo del Presidente; más que nada me impresionaban sus dos autos (en casa nunca tuvimos uno) que entonces eran en Lima un lujo más bien excepcional. Supongo que yo era para él, como suele decirse, el hijo que no había tenido; en todo caso, a mi edad encontraba natural que me invitase a verlo y sostuviese conmigo largas conversaciones, en las que escuchaba mis historias de niño con la cortesía exquisita de la vieja escuela. Al despedirme me regalaba siempre un libro de su biblioteca (libros encuadernados en pasta española que al abrirse despedían un olor acre), diciéndome que él ya no tenía tiempo de leer.

A Alberto lo conocí el año que entramos a San Marcos. Era un muchacho reservado, con aire de desconfiar de todo el mundo. Los dos veníamos de familias venidas a menos, nos unía eso, ciertas lecturas comunes y una rebeldía mal disimulada. Él llegaba más lejos que yo porque, una vez en confianza, abominaba de todo lo abominable y de mucho más, se proclamaba revolucionario —lo que entonces no era tan frecuente— y usaba la palabra «burgués» como si fuese el último de los insultos. Al pasar de Letras a Derecho yo entré al Ministerio y Alberto empezó a trabajar en el estudio de un abogado importante. Lo veía en clase y muchas veces, al salir de Torre Tagle, pasaba a buscarlo a su oficina y salíamos juntos a divertirnos como podíamos: esas juergas cuya tristeza no hubiéramos admitido y que eran una especie de iniciación. Un día lo encontré conversando con los abogados del estudio y me sorprendió que lo trataran despreocupadamente, como a un camarada. Pasado un rato, ya en la calle, le dije medio en broma medio en serio que lo estimaban mucho y que su porvenir estaba asegurado. Alberto pareció tomarlo a mal, como una ironía. Estábamos, me acuerdo, en los portales de la Plaza San Martín, delante de la librería francesa. Se detuvo para contestarme, en el tono con que se dicen las cosas definitivas, que sentía gran desprecio por la carrera y todo lo que pudiese ofrecerle, pero que la única manera de luchar contra el sistema (no debió emplear estas palabras sino otras con el mismo sentido) era llegar a una posición de influencia dentro de él para destruirlo. No volvimos a hablar de eso, pero durante cierto tiempo pensé en él como en un revolucionario secreto, una conspiración formada por una sola persona.

A poco de conocernos yo había nombrado al pasar a mi tío Pablo y Alberto habló mal de él, dijo que todo el mundo recordaba sus negociados con el gobierno. Me temo que lo defendí débilmente y cambié de conversación. A pesar de eso, fui yo quien le presentó Alberto a Graciela una mañana en la playa, en La Herradura. En ese tiempo las muchachas salían poco, pero yo veía a Graciela con frecuencia, como familiar de la casa, y pronto Alberto comenzó a acompa-

ñarme en las visitas. Ya para entonces había perdido la reserva, era simpático y ocurrente, le cayó muy bien a don Pablo. Sabiendo que se casó con Graciela cualquiera se imagina el resto, pero justamente las cosas no fueron tan sencillas. Quien se enamoró de Graciela fui yo, después de conocerla tantos años. Una tarde, mientras esperábamos a su padre, me incliné para leer algo sobre su hombro y, casi sin querer, como en broma, la besé en el cuello. Mi amor fue limeño, mortecino y desesperado como la garúa, y creo que ella también sentía por mí una pequeña pasión. En la casa debíamos disimular pues yo estaba seguro, y no me equivocaba, que a sus padres les haría muy poca gracia que alguien como yo, que no tenía un céntimo y ni siquiera había acabado la carrera, se llevase a la hija. Me tenían mucha simpatía pero Graciela podía esperar mejores partidos. Yo estaba de acuerdo con ellos, no me sentía persuadido de que el matrimonio con una heredera no tuviese algo de deshonoroso; contábamos juntos los años que faltaban para mi primer nombramiento, nos preguntábamos si el sueldo de tercer secretario alcanzaría para casarse, hacíamos listas de las ciudades que queríamos conocer. Nos veíamos mucho pero solo alcanzábamos una intimidad furtiva en los parques o en los cines. Nos peleamos muchas veces, porque en un arranque de falsa generosidad le dije que no quería hacerle perder su tiempo (la frase es manida pero la situación era, de verdad, incómoda), porque ella se cansó de tantas angustias, porque se enteró su madre, don Pablo no tuvo más remedio que hablarme —no he olvidado su cara de contrariedad y los silencios larguísimos entre frase y frase—, y dejé de ir a la casa varios meses. Cada vez volvimos a comenzar nuestros castos simulacros, sin duda más incitados que desanimados por la dificultad; no pasamos de eso, aunque lo pensamos y discutimos deliciosamente, pero teníamos más prejuicios o temores de los que se conocen en esta época ilustrada y la verdad es que organizar las cosas hubiera sido difícil o así lo creíamos. Cuando llegó por fin mi primer nombramiento ella quería casarse y venirse conmigo, aunque tuviese que romper con los padres, pero la convencí de que era mejor esperar: no la quería lo suficiente, o estaba tan seguro de los dos que no me importaba separarnos, o decidí ponernos a prueba con el masoquismo propio de los jóvenes: la verdad es que ya no sé la razón. Era una hermosa muchacha, recuerdo sus brazos oscurecidos por el verano, su manera de reírse, la ternura que de pronto me estrujaba el corazón como un puño cuando ella me miraba. Nos escribimos unos meses y luego las cosas se enfriaron. Supe por algún peruano turista que estaba de novia con Alberto. El propio Alberto me anunció el matrimonio en una carta muy cordial; de haber estado en Lima, me dijo, yo habría sido uno de los testigos.

Creo que es explicable que en adelante no los viera mucho cuando regresaba, aunque ellos me invitaban a su casa cada vez y se empeñaron en hacerme

padrino del segundo chico. Don Pablo se fue arruinando y al morir le dejó a la mujer la casa, y supongo que una renta, pero la hacienda, los negocios (y los automóviles) fueron para los acreedores. Alberto, en cambio, se hizo rico durante los años cincuenta con unas nuevas urbanizaciones. Por entonces me dijo que lo que hacía falta en el Perú era trabajar mucho y enriquecer al país, él seguía siendo de izquierda pero contaba con la realidad y no con los sueños. Sus ideas políticas ya no me interesaban demasiado y confieso que los encuentros con Graciela, en su casa o en casa de amigos comunes, siempre con gente alrededor, me siguieron poniendo nervioso durante mucho tiempo y llegué a tratar conscientemente de evitarlos. Esa fue una de las razones por las que, cuando me tocó quedarme un tiempo en el Perú, volví a irme antes de lo que pensaba, aunque para ello tuve que ocupar un puesto que nadie aceptaba, en el fin del mundo. No quería, por cobardía o por comodidad, tener nada que ver con mujeres casadas. Lo curioso es que, a pesar de mis buenas intenciones, en el fin del mundo me enamoré de una de ellas, que me dejó después de unos años, ya sin ganas de más guerra y con una úlcera al estómago que por poco acaba conmigo. Solo entonces, en medio de esas otras penas, terminó también lo de Graciela y pude pensar en ella tranquilamente, como en algo pasado.

Un buen día me di cuenta de que la jubilación ya no era tan distante, hasta podía pedir mi pase al retiro y volver antes a Lima. Tal vez Graciela, Alberto y yo hablaríamos, ya sin pasión, de nosotros mismos, en una escena que es frecuente en el último capítulo de las viejas novelas. Pero si las novelas han cambiado debe ser porque la realidad no se parece a ellas. Alberto, en vez de ser un señor desengañado, andaba por el mundo con una raqueta de tenis bajo el brazo y una muchacha que podía ser su hija colgada del otro. Más me interesaba Graciela y desde que me enteré de la separación me pregunté lo que haría. Sus hijos no tardarían en irse cada uno por su lado. Además, si la historia del divorcio era cierta, le quedaría poco dinero —don Pablo no había dejado gran cosa— y no le sería fácil conseguir trabajo. Hace dos días, al salir del almuerzo en que me contaron lo que pasaba, entré a llamarla de un teléfono público. Mientras marcaba el número me dije que quizá era un error, que debía haberla llamado antes, al llegar a Lima pensé, para decirlo todo, que podía emocionarse —y tengo verdadero horror de las escenas por teléfono— pero era dudar de ella sin razón, pues me respondió como siempre, con cierta alegría (quiero decir la alegría que es de buena educación mostrarle a un amigo a quien no se ha visto en mucho tiempo) y me dijo que fuera a su casa al día siguiente, a eso de las cuatro que no estarían los chicos, para poder conversar con tranquilidad.

Ayer hubiera querido estar ocupado hasta la hora de verla, pero me encontré sin nada que hacer a las dos de la tarde y di un largo paseo por Miraflores.

Casi no lo reconocí: por cada árbol que han derribado (y son muchos, han desaparecido las alamedas) parecen haber surgido cientos de automóviles, hay muchos edificios de departamentos, todos más o menos iguales, y casi no quedan esos viejos ranchos hondos y oscuros que me gustaban tanto. Nada de eso me alegró, lo cual debe probar que con la edad me he vuelto reaccionario, como me lo explicaba hace poco uno de mis sobrinos. El hecho es que al llegar a casa de Graciela me sentía un poco deprimido; inconscientemente confundía su imagen con la de su madre tal como la vi por última vez, después de la muerte de Don Pablo: vestida de negro, llorosa y con aire de agotamiento. Volví a equivocarme, porque Graciela llevaba un vestido claro y parecía contenta de verme. Me estaba esperando en el jardín; la besé en las mejillas; usaba el mismo perfume de siempre.

Al entrar atravesé la sala y fui hasta la biblioteca de don Pablo, en la que nada había cambiado. Me senté en el sillón de cuero y Graciela frente a mí. «Estás muy bien» le dije, y me contestó que yo también estaba muy bien, pero en ese momento me quité los anteojos y me pasé la mano por la cara, en un gesto de cansancio, y Graciela añadió: «Dentro de lo que puede esperarse». Fingí protestar ante su insolencia, mi avanzada edad es una vieja broma entre nosotros.

Me preguntó primero por mí, por los sitios donde había estado, por los cambios que encontraba en Lima cada vez que volvía. Luego me habló de nuestros amigos comunes, de sus matrimonios, divorcios, desgracias, éxitos, de sus vidas cómodas y sus muertes prematuras. Pero aunque lo que decía me interesaba —Graciela siempre ha tenido un punto de vista propio, descubre la mentira en la seriedad y la virtud secreta que hace amable a una persona— era de otra cosa que debíamos hablar. Quise saber cómo lo habían tomado los chicos. Me respondió que lo habían tomado con calma. Los dos mayores estaban en la universidad, la chica pensaba en casarse con el enamorado y mi ahijado gestionaba una beca para estudiar en los Estados Unidos. Solo el menor parecía haberlo sentido más aunque no decía nada, era muy callado, siempre estuvo muy cerca de ella, su engréido, y no se llevaba bien con Alberto aunque esto no fuese culpa de nadie.

—Sobre todo en los últimos tiempos, con la gran pasión.

—No hay que exagerar —dijo Graciela—. Esta no es la primera gran pasión, ni mucho menos. Pero prefiero no hablar de eso. Es mejor así, después de todo.

Lo dijo sin amargura, para poner las cosas en su sitio. Yo insistí:

—Me dijeron que Alberto tiene una segunda juventud.

—Es verdad. Está muy bien, seguramente, yo hace tiempo que no lo veo.

—Es el deporte, dicen. El tenis.

—¿El tenis?

Graciela iba a decir algo más pero se detuvo, la miré a los ojos que comenzaron a brillar, a reírse por su cuenta, y nos reímos juntos otra vez.

—Todo forma parte de un plan —dijo.

Siempre nos hemos entendido bien; también ahora supe exactamente lo que quería decir. Para nosotros no habría segunda juventud.

No era cierto, como me habían dicho, que Graciela se negase al divorcio. Alberto negociaba con el abogado y casi habían llegado a un arreglo. No sabía lo que iba a hacer; por ahora seguiría con los chicos en casa de su madre, no les faltaba lo necesario, le gustaría trabajar si encontraba algo. Le quedaban unos cuantos amigos, que veía a menudo. Se sentía mejor que en mucho tiempo, de los últimos años con Alberto prefería no acordarse.

Estábamos en eso cuando apareció su madre, que después de dormir toda la tarde venía a tomar el té conmigo. En el comedor volví a encontrar el juego de té con figuras azules en las que un chinito, después de tantos años, no acaba de cruzar el puente. La señora siempre me ha mirado con cierta prevención, sobre todo desde que se enteró que le enamoraba a la hija, y todavía parece decidida a ajustarme cuentas.

—¿Qué me dices del divorcio? —me preguntó—. Estas cosas no se veían antes.

Yo estaba comiendo una tostada y Graciela me miraba con aire divertido.

—Tú eres un poco responsable porque trajiste a tu amigo Alberto a la casa.

—Así es la vida —dije.

Entonces Graciela empezó a toser, porque en los buenos tiempos teníamos un lenguaje secreto y «así es la vida» era precisamente la frase más idiota de todas, con que se puede responder a cualquier cosa. Su madre la miró con cierta alarma, dijo que esta muchacha no cambiaría nunca y buscó mi apoyo pero yo estaba del lado de Graciela.

Antes de irme le anuncié que me llevaría un libro de la biblioteca, en recuerdo de don Pablo, y cogí uno al azar. Graciela me acompañó hasta la puerta. En el jardín nos detuvimos; me preguntó cuánto tiempo estaría en Lima y le contesté que solo unos días más, mi embajador no puede hacer nada sin mí. Luego quedamos un instante en silencio, mirándonos. Graciela sigue siendo muy hermosa. Iba a decirle algo pero me callé, siempre he desconfiado del primer impulso y es demasiado tarde para cambiar. No me pidió que volviera y creo que no iré a verla antes de irme. He empezado a leer el libro que me traje: es de un viajero francés que estuvo en el Perú a mediados del siglo pasado y encontró que los limeños somos muy malas personas, dice que por culpa del clima.

(De *Otras tardes*. Lima: Mosca Azul Editores, 1985)

JOSÉ MIGUEL OVIEDO

José Miguel Oviedo Chamorro nació en Lima en 1934. Realizó sus estudios en Literatura en la Universidad Católica durante los años 1953 y 1957. Su tesis de bachiller fue *El vocabulario romántico de Carlos A. Salaverry*, 1956.

OBRA NARRATIVA PUBLICADA:

Soledad & Compañía. Cuentos. New Hampshire, 1987.

La vida maravillosa. Cuentos. Barcelona: Tusquets Editores, 1988.

Cuaderno imaginario. Cuentos. México D.F., 1996.

La última fiesta. Cuentos. Lima: Editorial Apoyo, 1998.